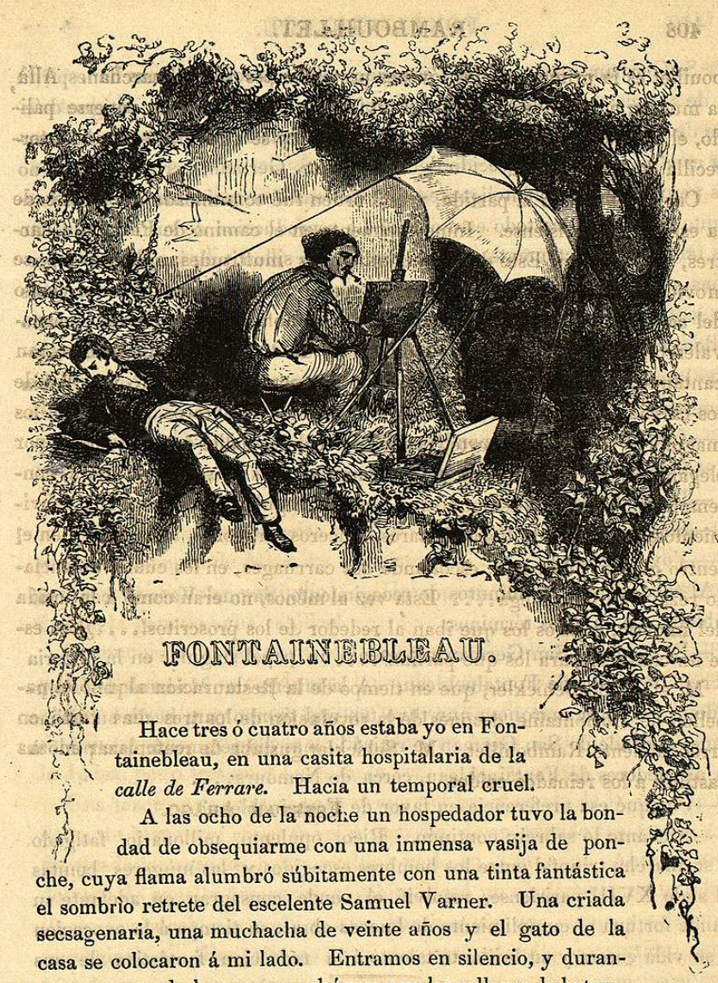
bouillet es la primera de los jóvenes pretendientes que se marchan. Allà la muerte; acá el destierro!.... Luis XIV no podia ver sin ponerse pálido, el campanario de S. Dionisio.... Qué rey se atreverá á mirar la torrecilla de Rambouillet?

Carlos X ordenó la partida, y esta órden fué comunicada á los gefes de la espedicion parisiense. Inmediatamente en el camino de Paris á Chartres, al Oeste y al Este de Rambouillet, dos multitudes aglomeradas se movieron, se pusieron en marcha, é hicieron volar delante de sì el polvo del camino. Mirad al Este esa comitiva triunfal y de un aspecto carnavalesco: masas de hombres de toda edad y de todos trages, que caminan cantando, fraternalmente abrazados; otros amontonados dentro y arriba de los carruages de alquiler; otros, en fin, vestidos de obreros que van en los magníficos trenes de la corte, tirados por ocho caballos y conducidos por elegantes lacayos que llevan en las manos riendas de seda. Y ahora, contemplad al Oriente á esa comitiva fúnebre, regular todavía en sus movimientos: cazadores de línea, húsares, lanceros, dragones, artilleros, y en el centro guardias de corps, escoltando dos carruages, en los cuales un anciano reza y un niño juega.... Esta vez al ménos, no eran como á la caida del imperio, cosacos los que iban al rededor de los proscritos!....¿Era este un consuelo para los que partian?....

M. el baron Schickler, que en tiempo de la Restauracion alquiló el pabellon de Morfontaine, despues de la revolucion de los tres dias tomó en arrendamiento Rambouillet. M. Schickler gustaba de reemplazar en sus castillos á los reinados caidos.

ESTEVAN ARAGO.



FONTAINEBLEAU.

Hace tres ó cuatro años estaba yo en Fontainebleau, en una casita hospitalaria de la *calle de Ferrare.* Hacia un temporal cruel.

A las ocho de la noche un hospedador tuvo la bondad de obsequiarme con una inmensa vasija de ponche, cuya flama alumbró súbitamente con una tinta fantástica el sombrìo retrete del escelente Samuel Varner. Una criada secsagenaria, una muchacha de veinte años y el gato de la casa se colocaron á mi lado. Entramos en silencio, y durante un cuarto de hora no escuché mas que los sollozos de la tempestad, los gritos ahogados del viento que soplaba en los árboles y se introducia en los matorrales para escaparse despues y subir á mi oído formando una espiral de notas cantadas. A las últimas notas, á los últimos suspiros melodiosos de aquella orquesta invisible, mi huésped pareció recogerse un instante; miró no sé qué retrato de familia que se fastidiaba sobre una puerta, y á poco, fiel à su promesa, M. Samuel Varner se puso á hablarme de su *amigo de otro tiempo,* el famoso conde de San German.

—Señor, me dijo, esa biblioteca tan rica, tan opulenta, que habeis admirado en mi pequeña sala de trabajo, pertenecia en 1784 á M. el conde

de S. German; esos son libros escogidos, obras preciosas llenas de espíritu y de ciencia; pero que no tienen el espíritu y la ciencia de su antiguo dueño de misteriosa memoria. Ese gran lienzo pintado que veis sobre la puerta es el retrato muy parecido del conde de S. German; hermosa frente, no es verdad? ojos muy inteligentes, sonrisa llena de astucia una fisonomia bastante notable, no es todo esto cierto? La reproduccion de su trage favorito es tambien perfectamente esacta. Ese amplio sillon, que jamas cedo à persona alguna, es el sillon predilecto del conde de S. German; muchas veces se sentó en él sonriendo con sus amigos. Un dia se durmió en ese mismo sillon, fijando antes los ojos sobre el sol que se acostaba en su hermoso lecho luminoso; ese dia fué ya imposible despertarlo: ¡ah! el conde habia muerto!

—Conque creis, le respondí, en la muerte del conde de S. German?

—Creo en su muerte y en su resurreccion.

—Luego acaso vive?....

—Seguramente.

—Voy á decíroslo.

Al cabo de algunos minutos de recogimiento, Samuel Varner continuó hablándome en estos términos:

—El conde de San German representó un papel singular en la historia secreta de la villa de Fontainebleau. A la muerte de Madama de Pompadour, esa pobre marquesa que tuvo tan mal tiempo para hacer su último viage, el conde de San German se retiró lo mas discretamente que pudo à los alrededores de Fontainebleau, cerca de Nemours....

—Por qué esa preferencia en favor de Fontainebleau?

—Adelante lo sabreis: continúo. Rico, opulento, millonario, fatigado de su marcha triunfal entre los hombres escogidos y las mugeres bonitas del siglo XVIII parisiense, resolvió el conde consagrar en adelante su grande fortuna al cumplimiento de buenas obras, su tiempo á la evocacion de su vida entera y su brillante talento á la redaccion fantástica de sus memorias.

Desgraciadamente escogió el conde para refugio, para Tebaida, el castillo de la vieja marquesa de Manoury. Madama de Manoury deliraba por los hombres y las cosas que no tenian nada de comun con las prosaicas trivialidades de la tierra: tuvo, pues, grande satisfaccion y honor en recibir, obsequiar y confiscar en provecho de su casa al maravilloso personage de moda, y á poco el salon de la marquesa sirvió de teatro á las fantàsticas representaciones del conde de San German.

Una sola persona, una muchacha, la señorita de Manoury, tuvo la audacia de burlarse á la vez del cómico y de los espectadores, de aquel á

quien osaba llamar un intrigante y del auditorio à quien llamaba un conjunto de imbéciles. El oràculo tenia buenas palabras y buenos hechos; pero la señorita de Manoury fué inecsorable, y la terrible muchacha sacaba de su desden por el triunfador, gestos, miradas, medias palabras que significaban sin duda: Oh miserable semi-dios, tú no eres mas que un hombre!

Y bien! qué os diré? aquel infatigable corredor de aventuras, aquel escéptico, aquel pagano, aquel D. Juan cosmopolita que se jacta de haber humillado á las mugeres mas encantadoras de todos los países y de todos los siglos, aquel sicofanta millonario, aquel poseedor de preciosidades, aquel Nicolàs Flammel que hace oro á su modo, aquel encantador que todo lo puede, que todo lo sabe y que no morirà jamas; en una palabra, el conde de San German, se lamenta, està desolado, llora, suspira y se siente morir de amor por una muchacha que lo desdeña, que desprecia su carácter y que ha negado su poder!

A las primeras confidencias amorosas del conde de San German, respondió la señorita de Manoury al misterioso adorador: No os aborrezco, pero soy cristiana, y vos judío.... Hay, pues, entre nosotros la inmensidad de la gota de agua católica!

La muchacha tenia razon; ella habia sorprendido el secreto del nacimiento del semi-dios en algunas hojas de papel arrebatadas por el viento, que contenian las primeras páginas manuscritas de las *Memorias del conde de San German.* El conde de San German habia nacido en una aldea de la Judea, dos ó tres años ántes de la venida de Jesucristo.

Una tarde se despareció para siempre el buen conde de la casa de madama de Manoury; aquel fué el último dia de su reinado fantástico, y nadie puede jactarse de haber vuelto à verlo en el mundo. Algunos meses despues de aquella desaparicion súbita, llegó un opulento israelita á la villa de Fontainebleau, y allí se hizo bautizar con una pompa y solemnidad inimaginables. Poco tiempo despues se casó el judío convertido, con la hija de madama la marquesa de Manoury, y así es como resucitó el conde de San German, por la gracia del amor, bajo las apariencias de un simple mortal llamado Samuel Varuer....

—Samuel Varner! con que sois vos.... seriais vos....

—Sí señor, el mismo conde de San German en persona. Al hacerme cristiano he consentido en no ser mas que un hombre; recibiendo el bautismo, he perdido el derecho de inmortalidad sobre la tierra; pero acaso he ganado la vida eterna en el cielo.

¿No es muy justa y natural mi preferencia por la mansion de Fontainebleau desde el año 17....? En primer lugar, debo á este bello pais mi úl-

timo amor, y mi última dicha; y en segundo, me acuerdo siempre de haber pasado en Fontainebleau, hace mucho tiempo de esto, hace años, hace siglos, las horas mas bellas, acaso las mas encantadoras de mi vida. He amado, he brillado, he sido feliz á diferentes épocas muy distantes una de la otra, en esta real villa; no es cosa muy sencilla que haya resuelto morir en los lugares en que he vivido tan contento?

Casi tengo olvidados los episódios mas importantes, los pormenores mas preciosos de mis cortas aventuras por la Europa y por el mundo; pero jamas he olvidado mis viages á Francia en los mas bellos tiempos de la grandeza de Fontainebleau.

Rara vez he pensado, os lo juro, en los transeuntes ilustres que he encontrado en la Roma de los reyes, de los cónsules, de los emperadores y de los papas, en el palacio de Sesostris, en la corte de Pericles, en la tienda de campaña de Carlomagno, en las repúblicas italianas, en Viena, en Madrid, en Constantinopla, ò en París; pero siempre he pensado en los personages admirables, en los hombres y mugeres escogidos que de léjos ó de cerca he saludado en esta dichosa residencia de Fontainebleau: todavía me parece que estoy inclinándome ante los reinados vivientes que se llamaron Luis IX, Enrique IV y su *encantadora Gabriela*, Luis XIII, Luis XIV y madama de Maintenon, Catalina de Médicis, Ana de Austria y María Luisa, Benvenuto Cellini y Francisco I, Sully y Luis XV, Cárlos V y el emperador Napoleon!.... Ah! mi señor; sin duda que os fatiga, que os incomoda el charlatanismo de mi memoria.

—No, no; os escucharé hasta mañana si quereis.

—Acordarse es rejuvenecerse! y yo me creo todavía jóven y brillante, lleno de fuego y de altivéz, cuando revivo por el pensamiento, por la imaginacion, por el corazon, à ese mundo de gloria, de galantería, de talento y de placer! Sí, yo soy jóven, héme ahí en todo el esplendor de mi riqueza misteriosa; en medio del bosque de Fontainebleau, bajo el reinado de San Luis....

En aquel tiempo, residia San Luis en Fontainebleau en un modesto retiro que él llamaba *nuestros desiertos*, y que fué constituido por Felipe Augusto. A la época de que se trata, en 1239, Luis IX se creía peligrosamente enfermo, y el buen rey decia á su hijo, bendiciéndolo: "*Te ruego que te hagas amar del pueblo de tu reino; porque verdaderamente, mejor quisiera que un escoces viniese á gobernar al pueblo del reino bien y lealmente, que el que tú lo gobernases mal.*"

Algunos dias despues de mi aparicion en *los desiertos* de Luis IX, me eché á andar á la ventura por aquel inmenso bosque no abierto aún por la caza y que parecia casi un bosque vírgen. Quise descansar un instante y

fuí á sentarme sobre la arena, al pié de una montaña en derredor de la cual, no habia mas que desolacion y silencio. Tuve miedo de aquel rincon de tierra ignorado de los hombres, me levanté presuroso, y en aquel instante creí percibir una especie de sonido argentino, el sonido de una gota de agua.... Volví los ojos hácia la cumbre de la montaña, y con grande sorpresa, con grande terror ví á un hombre, un hombre singular que lloraba y caminaba con paso vacilante....

Casi al momento mismo escuché una voz sonora que decia á este hombre: camina! camina! Desapareció, y por un encanto celeste, la roca que él habia regado con sus lágrimas, dejó caer una gota de agua que debia ser eterna, una lágrima que todavía podriais verla desprenderse de la cima de *la Roca que llora.*

Luis IX que oyó de mi boca la noticia de aquel encuentro milagroso, se apresuró á purificar la residencia de un rey cristiano, fundando allí un hospital y dos capillas. San Luis, acompañado de su corte, se dignó visitar la *Roca que llora;* arrodillóse sobre la arena; escuchó el sonido de aquella gota de agua que, á su indulgente juicio, era una làgrima escapada de los ojos de un culpable; rogó el rey á Dios por el hombre maldito, pensando acaso que el pecador que lloró se habia arrepentido.

Desde aquel momento, dìgase lo que se dijere, nadie puede jactarse de haber vuelto á encontrar al judío del Calvario; nadie oyó mas la voz sonora, misteriosa, divina, que habia clamado durante siglos: Camina! Camina!

Ya que se trata de Luis IX, permitidme compadecer profundamente á vuestros orgullosos eruditos de hoy, à vuestros académicos de las Inscripciones y Bellas Letras, que han desatinado á su placer con motivo del pretendido descubrimiento del corazon de San Luis, en no sé qué vieja capilla: no, no; el corazon del piadoso monarca no està ni en Africa, ni en Sicilia, ni en Francia; un tesoro tal no pertenece á la tierra: cuando Luis IX espiró por el triunfo de la religion, el cielo no dejó à los hombres mas del cuerpo de aquel héroe divino; por lo que hace á su corazon, estoy seguro de ello, se desprendió misteriosamente de su cubierta terrestre.

"Y los ángeles tomándolo en sus manecitas
Blancas lo presentaron á Dios."

No olvideis visitar y volver á visitar ese inmenso bosque de Fontainebleau. En las bellas mañanas, cuando el sol está radioso, cuando las aves se enamoran cantando, voy á recorrer ese inmenso bosque que tantas veces he recorrido, y que siempre encuentro poblado de gloriosos fantasmas, de ilustres aparecidos, de sombras gigantescas. Los mas nobles espíritus, los mas nobles corazones, los mas nobles ánimos de vuestra historia monàrquica, se ocultan detras de esos matorrales, en el fondo de esas cuevas, en esas grutas de piedra, bajo esos céspedes floridos, en esas rocas entreabiertas; y ciertamente, los poetas, los novelistas, los historiadores, no tienen mas que aplicar el oido á los ruidos caprichosos del bosque, para recoger, como en un sueño, las leyendas mas poéticas, las narraciones mas románticas, los cuentos mas verdaderos, las historias mas maravillosas.

Es preciso hacer justicia á los poetas, à los artistas, á los escritores y á los amantes de nuestro tiempo; ellos adoran el misterio, el ruido, el silencio, la luz, la oscuridad, la yerba fresca y la ardiente arena del bosque de Fontainebleau. Muchas veces he encontrado allí á la poesía interrogando á dos encinos espléndidos bautizados con los nombres de *Enrique IV* y *Sully;* al amor que jugueteaba en el *mar de las Evas*, en la *encrucijada de Belleune* ó en la *garganta del Lobo;* á la historia gravemente sentada á la *mesa del Rey* ó á la del *gran Cazador;* tambien he encontrado allí á la cancion, à la musa de Désaugiers trinando cerca del *grande Emparrado;* á la novela que pedia al *valle de Franchard* sus mas secretos y terribles recuerdos; en fin, allí he encontrado á la pintura, deteniéndose á cada paso en el mundo de la fantasía pintoresca, para asistir al espectàculo dado por el cielo y la tierra en el *valle de Selle*, en el monte de Enrique IV, en los *Lagares del Rey*, en *Montaigu*, en las *Ventas de la Reina*, en los *Arces*, en la *Aldea de Avou;* por todas partes en aquel bosque encantado en que un genio invisible ha derramado las obras maestras mas variadas y magníficas, lienzos

movibles, cuadros admirables que han pasado por la mano de Dios y por la paleta del sol.

Se dice que el bosque de Fontainebleau contiene mas de cuarenta mil fanegas de árboles antiguos; que su circunferencia es de veinte leguas, que su límite al Oeste es el Sena, y al Sur el canal de Briare: yo no sé nada de esto; cuando me aventuro en ese bosque procuro ser á un tiempo simple paseador, poeta, historiador, artista.... pero nunca geómetra, director de catastro, ni inspector de aguas y bosques.

Nada tengo que decir acerca del parque y los jardines del palacio de Fontainebleau; esta mañana los hemos visitado juntos y habeis admirado conmigo los árboles modelos, los hermosos olmos, las aguas cristalinas, un estanque de mas de quinientas toesas de largo, una cascada magnífica, unas calles de árboles soberbias, un laberinto ingles de efecto el mas pintoresco; plantíos de todas clases, maravillas de lujo y de elegancia que la mano pródiga de los reyes ha esparcido en esa tierra privilegiada, desde el reinado de Francisco I hasta el de Napoleon.

Acabo de nombrar á Napoleon; no necesito recordaros que el pequeño pabellon del centro del estanque fué construido por el emperador. Allí se reunia con frecuencia el consejo imperial, presidido por su augusto señor. Un dia, segun se me ha dicho, que acababa el emperador de hacer despacho con sus ministros, se sentó silencioso y un poco triste á la orilla del pabellon de que acabo de hablar: era precisamente el dia que siguió á su matrimonio con una archiduquesa de Austria, y el vencedor de la Europa acababa acaso de conquistar, en union de sus ministros, el mundo entero sobre una carta geogràfica. Sin reflecsionar en lo que hacia, así me lo imagino, el emperador desenvainó lentamente su espada y empezó á dar de golpes con la punta de aquella arma victoriosa á las inocentes aguas: como uno de sus consejeros íntimos le interrogase con el ademan y la mirada, Napoleon respondió con una sonrisa bien triste: "Ah! señores, temo haber dado un sablazo en el agua!"....

La despedida de Fontainebleau no estaba léjos.

Yo me sentia jóven cuando revivia en los *desiertos* del rey S. Luis, y siento rejuvenecerme todavía, pensando en el palacio de Fontainebleau del siglo XVI. La historia verdaderamente real de aquella residencia, no comienza en realidad sino en el reinado de Francisco I.

Cuando hubo decidido razonablemente, con el ausilio de su admirable locura, que el palacio de Fontainebleau vendria á ser, á la sombra de su corona, uno de los mas ricos palacios del mundo, el rey del renacimiento se dignó pedir á su corte al mayor artista que conozco en la historia de las bellas artes italianas, un arquitecto, un pintor, un escultor llamado Primatice.